

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCIÓN OFICIAL

Acta de la sesión ordinaria del día 4 de Marzo de 1894.

Abrióse la sesión bajo la presidencia del Dr. D. Rafael Marsá y Draper con la asistencia de los académicos de número Sres. Ventura, Tornero, Bertrán, Estrada, Casamajó, Canals (D. Bartolomé) y Tuyet, y los supernumerarios Sres. Comas y Doménech, Riera, Perdigó, Coll de Colet, Andreu, Colomer, Ballvé, Cattaneo y el infrascrito.

Rezadas las preces de costumbre y aprobada el acta de la sesión anterior, el Sr. Presidente puso en conocimiento de la Academia que el Rmo. P. Director había tenido que ausentarse algunos días de esta capital, manifestando el sentimiento de verse privado de su concurso, siquiera fuese por breves días: manifestó también que conforme á los artículos adicionales al Reglamento, aprobados en la sesión anterior, quedaba proclamado el Dr. Plá y Deniel, académico honorario, por reunir las condiciones del art. 37 b.: dió cuenta el Sr. Presidente de haberse recibido invitaciones para el oficio y la velada que varios profesores y numerosos alumnos de la Universidad dedican á su patrono el Angélico Doctor Sto. Tomás de Aquino, designándose para presentar á la Academia á los Sres. Burgada, Bertrán y Riera.

Pasando á la segunda parte de la sesión, pidió el Sr. Tornero la palabra para preguntar qué había de cierto en los rumores que circulaban sobre la dimisión del Vice-presidente, contestando la Presidencia que nada sabía oficialmente, por no haberse recibido en Secretaría tal dimisión, y aprovechando este motivo, recomendó la asistencia á las sesiones, prometiendo interponer cerca de la Junta Directiva toda su influencia para que sobre el particular se aplicara severamente el Reglamento.

No habiendo otro académico que deseara hacer uso de la palabra, se pasó al desarrollo del tema anunciado. Empezó el ponente Sr. Bertrán diciendo que en el tema podían considerarse dos cuestiones, á saber, la del origen y la de la trasmisión de la noche: fijándose en la primera, refutó la teoría del pacto social, demostrando que no pudiendo ser pacto explícito ni implícito no podía aceptarse su existencia; añadiendo que aún dada su existencia, hubiera sido ilegítimo por pactar sobre derechos que no eran de su exclusiva pertenencia: demostró que hombre es un sér social, apoyándose en argumentos del P. Mendive. Afirmó el disertante el origen divino del poder, citando en corroboración de su aserto, pasajes de Sto. Tomás, P. Taparelli, de los Paralipa-

neros, cap. I, vers. 37 y 39, Sabiduría, cap. IV, ver. 4, Proverbios, cap. VI, vers. 17 y 18 y Concilio de París, lib. 2. Demostró luego que la teoría de Hobbes y Rousseau sobre la soberanía del pueblo es absurda y contraria á la historia, que presenta hechos, como el derecho de vida y muerte, que la contradicen por completo. El ponente suplicó á la Presidencia se sirviera reservarle el uso de la palabra para la sesión próxima, á lo cual accedió aquélla, levantándose la sesión después de las preces de costumbre.

El Secretario accidental,

MIGUEL BARELLA.

Función religiosa en honor de Santo Tomás de Aquino

El día 7 del corriente la ACADEMIA CALASANCIA obsequió al angélico doctor Santo Tomás de Aquino, su Compatrono, con un solemne Oficio cantado en la iglesia de San Antonio Abad, de PP. Escolapios.

Ocupó la sagrada Cátedra el Rdo. P. Esteban Calonge, quien pronunció un notable discurso, considerando á Santo Tomás en el terreno científico-cristiano y exhortando á los académicos á aprender en su celestial Compatrono á buscar la sabiduría que salva y engrandece.

El Secretario,

Barcelona 10 de Marzo de 1894.

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

Velada literario-musical celebrada por la Academia Calasancia el día 11 de Marzo de 1894.

Con motivo de la próxima pasada fiesta de Santo Tomás de Aquino, Compatrono de esta Academia, se celebró la tercera sesión pública del presente curso, que lejos de desmerecer considerada con las anteriores, en ella se manifestó la variedad de elementos con que cuenta esta Academia y la laboriosidad y cariñe que por ella profesan los individuos que la constituyen.

Con numerosa y selecta concurrencia empezó la velada, presidida por el M. Rdo. P. Francisco Llong, Provincial de las Escuelas Pías, teniendo á su derecha al M. Rdo. P. Antonio Anglada, Rector del Colegio de la presente ciudad, y á su izquierda al Diputado Provincial, Sr. Badía y Andreu. Ocupaban además sitios de preferencia en la presidencia el M. I. Sr. Dr. Sánchez Canónigo de esta Catedral; el Presidente de la Academia Dr. D. Rafael Marsá y Draper, varios Académicos y otras distinguidas personas.

Tuvo lugar la velada siguiendo el presente programa:

- 1.º MARCHA DE TANHAUSER, para piano, por los Sres. D. Miguel Puig y D. Francisco Mateu, *De Wagner*.—2.º DIÁLOGO SOBRE LA EXISTENCIA ESPIRITUALIDAD É INMORTALIDAD DEL ALMA: por los Sritos. don Aniceto Batlle y D. Manuel Fairen.—3.º LA MADRE: composición literaria, por el Académico D. Enrique Tuyet.—4.º MONÓLOGO ¿QUÉ SERÉ YO? poesía recitada por el Srito D. Enrique Arnaiz.—5.º SCHEMEL DE LA VIERGE: para violín, por el Académico D. Juan Camín, con acompañamiento de piano por el Académico D. Alvaro Camín, *De Massenet*.—6.º LECTURA DE UN DRAMA: poesía de *Vital Aza*, recitada por el Académico D. Juan Gui.—7.º LOS NIÑOS: composición literaria recitada por

el Académico D. José Soler Forcada.—8.º SALIDA DE TONO: poesía festiva del Académico D. Alejandro Tornero, recitada por el Académico D. Juan Burgada Juliá.—9.º STABAT MATER: fragmento para violoncello y piano, por D. Mariano Tomás y D. Francisco Mateu, *De Rossini*. 10. LA PROMETENSA: poesía catalana de D.ª Dolores Moncerdá de Maciá, recitada por el Académico, D. Camilo Vallés.—11. LA IDEA DEL TIEMPO SEGÚN STO. TOMÁS DE AQUINO: discurso por el Académico D. Juan Burgada Juliá.—12. CUARTETO para violín, violoncello, armonio y piano por D. Juan Camín, D. Luis Masriera, D. Francisco Mateu y D. Alvaro Camín, *De Fichert*.

Con verdadera soltura fué dicho el diálogo sobre la existencia, *espiritualidad é inmortalidad del alma* por los Sritos. D. Aniceto Batlle y D. Manuel Fairen que lo mismo que el monólogo *¿Qué seré yo?* recitado con verdadero aplomo, casi inexplicable atendida su edad, por el niño Enrique Arnaiz, llamaron la atención del auditorio alcanzando repetidos aplausos.

Asimismo las alcanzó el Académico de número D. Enrique Tuyet por la delicada lectura de su bella composición titulada: *La Madre*.

Las poesías estuvieron á cargo de los académicos numerarios don Juan Gui, D. José Soler Forcada, D. Juan Burgada Juliá y D. Camilo Vallés.

El Sr. Gui, como siempre, alcanzó unánimes aplausos, recitando el cuento de Vital Aza *Lectura de un Drama*, viéndose obligado á repetir recitando otro cuento del propio autor titulado: *Lección gramatical*.

El Sr. Soler recitó su composición *Los Niños*, tierna y sentida que gustó á la concurrencia.

El Sr. Burgada recitó con gracia el chistoso cuento del académico D. Alejandro Tornero de Martirena, quien después de la lectura del señor Burgada leyó una bonita poesía festiva titulada: *Lectura de un Sainete* y después, algunas graciosas improvisaciones que gustaron muchísimo al público, que con verdadera atención le escuchaba.

Asimismo fué muy aplaudido el académico de número D. Camilo Vallés por la acertada lectura de la hermosa poesía catalana de doña Dolores Moncerdá de Maciá, *La Prometensa*.

El discurso fué encargado al Secretario de esta Academia D. Juan Burgada y Juliá, quien pronunció uno acerca la idea que del tiempo dió Santo Tomás de Aquino.

En el exórdio enalteció el orador los elevados sentimientos de los profesores y escolares que en nuestra ciudad públicamente habían honrado á Santo Tomás de Aquino con manifestaciones literarias y religiosas muy espléndidas; y pasando al desarrollo del pensamiento enunciado, discurrió extensamente acerca del tiempo, y del modo cómo lo apreció el doctor de Aquino, para comprender su importancia y la necesidad de emplearlo bien, sin dejar nunca que se desperdicie.

El señor Burgada y Juliá hizo observar, con oportunas disquisiciones, que Santo Tomás, empleando bien el tiempo, llegó á ser uno de los santos más eminentes y el más conspicuo de los sabios.

Dijo que en el estudio de las obras de Santo Tomás y en el ejercicio de sus enseñanzas podíamos dar á nuestra existencia ocupación dignísima; proclamó la necesidad de difundir la filosofía cristiana, en la cual se encierran las soluciones de cuantos problemas traen perturbada á la sociedad; manifestó que con sólo Santo Tomás podíamos reba-

tir á los filósofos impíos, con quienes debíamos luchar yendo á buscarles en sus propias trincheras; y terminó manifestando que pretender prescindir de Dios en el terreno individual y en el científico, era perder el tiempo lastimosamente.

Con grandes y prolongados aplausos fué premiado el discurso del señor Burgada y Juliá.

La parte musical interpretada por académicos que ya son verdaderos artistas, estuvo muy bien ejecutada distinguiéndose todos los que en ella tomaron parte y obteniendo verdaderos y nutridos aplausos en todas las composiciones de distinguidos maestros, que en la velada se ejecutaron.

Barcelona 12 Marzo de 1894.

El Vice-Secretario,
BARTOLOMÉ CANALS.

Se suplica á los señores Académicos se sirvan asistir á la sesión reglamentaria que la Academia celebrará el próximo domingo, día 18 del corriente, y en la cual el académico de número D. José Bertrán continuará su disertación acerca del origen del poder.

En la misma sesión serán designados los señores académicos que deban constituir la delegación de la Academia en la Romería obrera, á la cual ha sido invitada nuestra Asociación.

Barcelona 13 Marzo de 1894.

El Secretario,
JUAN BURGADA Y JULIÁ.

HACERLOS BUENOS Y HACERLES BIEN

Tal era la frase con la que nuestro nunca bastante ponderado Balmes, cuando se ocupaba de los medios que debía emplear Cataluña para evitar su desgracia y promover su felicidad, señalaba el deber que las clases ricas debían observar con las clases pobres.

Hacerlos buenos y hacerles bien. Hacer buenos á los obreros, es decir, procurar que entre la clase jornalera, arraigue la moral, pero no una moral cualquiera, sino una moral santa, sana, sólida, verdadera, cimentada en los principios religiosos. *Hacer bien* á los obreros, esto es, no desaprovechar ninguna de las innumerables ocasiones que la vida ofrece á las clases acomodadas, para instruir, educar y moralizar á los obreros, socorriéndoles en sus necesidades, amparándoles en sus infortunios, consolándoles en sus tribulaciones, asociándose á sus alegrías, y tendiéndoles una mano cariñosa y una palabra amiga en los momentos de tristeza. *Hacerlos buenos* moralizándoles, y *hacerles bien* protegiéndoles, ya de una manera individual, ya colectiva en sus asociaciones y monte-píos que persigan un fin laudable.

Tal era el programa que el ilustre Balmes, formuló á las clases ricas de Cataluña y especialmente de Barcelona, allá por el

año 43 de nuestro siglo, si querían librarse del furor y desesperación de la clase obrera, que pronosticaba para no muy largo plazo, si las llamadas clases directoras seguían por otros derroteros que los que trazaba.

No vamos en estos momentos á averiguar si nuestros ricos barceloneses, han seguido de más ó menos cerca los consejos de Balmes, ó si se han apartado poco ó mucho de ellos; ni tampoco pretendemos en este instante averiguar si las profecías de Balmes van ó no en camino de cumplimiento.

No haremos más que recordar algunas de las consideraciones que á mediados de este siglo y con respecto á Barcelona hacia nuestro ilustre compatriota por creerlas de una oportunidad grande, dejando al lector que las aprecie por sí propio.

Hablando de nuestra industria y de sus resultados, decía el filósofo de Vich: «Si la industria catalana se salva, á pesar del temido golpe de los tratados de comercio que la amenaza, si atraviesa sin notable daño la crisis que sufre y el riesgo que corre, si la industria progresa y se desarrolla entónces la clase rica de Cataluña, y especialmente la de Barcelona, podrá hallarse en nuevos compromisos que le importa *precaver á tiempo*. Congeturando lo que sucederá aquí, por lo que en otros países acontece, con el aumento de la industria, crecerá la población, será *mayor el número de los pobres, y más dura su pobreza.*»

¿Cuales eran estas precauciones que debían tomarse? El mismo pensador las indicaba en otro escrito. La de que las clases ricas habían de esforzarse para con los pobres en *hacerlos buenos y hacerlos bien*, si querían librarse de los conflictos que de otra suerte necesariamente habría de suscitar este mayor número de pobres, de más dura pobreza.

¿Y como había de lograrse *hacerlos buenos y hacerlos bien*? Cumpliendo las clases ricas con aquella ley por el Criador establecida, «ley formulada en una palabra sublime, que un mundo orgulloso y ciego se desdeña de emplear; en una palabra que abarca lo terreno y lo celeste, que no cabe en los límites de la vida, que es dulce en rededor de la cuna, consoladora en las angustias del lecho, que atraviesa como brillante centella la lobreguez de las tumbas, que une á los vivientes con los finados, que enlaza la presente Jerusalén con la Jerusalén de la gloria, que intenta dar á todo el linaje humano un solo corazón, una sola alma, sumerjiéndole en un piélago de luz y de amor en el seno del mismo Dios; esta palabra es la *caridad.*»

Ley de caridad que antes que á nadie obliga á las llamadas clases aristocráticas, respecto de las cuales decía nuestro insigne escritor: «En Cataluña, como en otros puntos del mundo, el ascendiente y la pujanza del elemento popular han ido abatiendo á todas las eminencias, echando sobre todos los rangos sociales un verdadero nivel; por cuyo motivo, alcánzase á

duras penas leves vestigios de la antigua aristocracia, como trozos de vieja armadura que mas bien sirven de objeto á la curiosidad de un arqueólogo, que á los usos del guerrero. Nace en cambio una verdadera aristocracia, que cuenta poco tiempo de duración y funda su superioridad en otros titulos que su antecesora. Bien se deja entender que hablamos de la industrial y mercantil, de la aristocracia del oro, cuyos blasones son los billetes de banco..... Por la misma naturaleza de las cosas, la existencia de esta nueva aristocracia, es en nuestros días una verdadera necesidad, un hecho incontrastable que no fueran parte á destruir los trastornos de cualquier clase, cuando menos las vanas declamaciones.»

Sancionaba, pues Balmes la existencia de esta nueva aristocracia, pero el justificar sus derechos, le recordaba también sus deberes con estas palabras: «Los ricos tienen un derecho de justicia á conservar su propiedad, pero también pesa sobre ellos la rigurosa obligación de cumplir aquellos deberes que les impone el amor de sus semejantes. Al infeliz y necesitado la religión cristiana le dice: «Sufre con paciencia», al rico le dice: «Dá con largueza;» si éste se niega, la religión no irrita á aquél, no le excita á la usurpación y á la venganza; pero el clamar del desnudo, del hambriento, del enfermo que padece y expira en el desamparo y la miseria, sube hasta las gradas del trono de un Dios vengador.»

La rivalidad entre las clases pobres y ricas, no es signo característico de nuestros tiempos. Ha existido en todas las épocas.» Lo que hay, es que en la actualidad la discordia es más ruidosa, á causa de la mayor libertad que se disfruta para levantar el grito; exponiendo cada cual las sinrazones é injusticias que sufre ó se imagina sufrir. Además, los pobres no ven hoy en los ricos ni titulos de nacimiento, ni prerrogativas originadas de privilegios. El pobre no descubre hoy entre él y el rico otra diferencia que la del oro.»

La moderna aristocracia más que otra alguna, y en el siglo XIX más que en ninguno de los pasados, tiene el imperioso deber de trabajar y de trabajar con ahinco, en bien de las clases menesterosas porque cuando las clases superiores se hallan sostenidas en su respectiva posición por el ascendiente de las ideas, ó por la organización social de una época, pueden por algún tiempo descuidar sus deberes con respecto á sus inferiores, porque el reparo que las cubre suple por espacio más ó menos dilatado el vacío que deja su negligencia; pero no mediando estas circunstancias, cuando las clases se hallan unas en presencia de otras sin más valla que las separe que la del dinero, entouces es indispensable que las clases superiores se esmeren más que nunca en cumplir sus deberes para con los de condición menos afortunada, so pena de perder su tranquilidad y prestigio, y de

introducir entre las clases obreras ó un estúpido embrutecimiento ó una desesperación terrible.

Hasta ahora, decía Balmes en el año 1843, «la Providencia nos ha librado de la horrible plaga de la desesperación de los obreros; y por lo mismo conviene sobremanera aprovechar el tiempo en que viviéndose con menos escasez y ahogo, se hallarán más dispuestos los ánimos á escuchar los consejos de la prudencia. Porque no basta sojuzgar con la fuerza de las armas, es necesario ejercer ascendiente sobre los espíritus, y es de desear que los hombres inteligentes y honrados que abriga Barcelona, se ocupen en examinar la verdadera situación de las cosas, convenciéndose de que hay varios medios justos y suaves para hacer el bien á las clases pobres, previniendo y evitando terribles trastornos que en el porvenir se dibujan». Y terminaba Balmes esta materia diciendo: «Es necesario que la clase rica de Cataluña, y especialmente la de Barcelona, no espere nada de nadie, y acometa por sí misma la generosa empresa de adoptar aquellas medidas que su deber le dicta y su situación le aconseja. Que no olvide la verdad, que una y otra vez repetiremos: su deber y su interés le prescriben de consuno la conducta que con respecto á los pobres debe observar: *hacerlos buenos y hacerles bien*. Ved que el pobre al pensar en vosotros recuerde el socorro que le dispensasteis, la consideración y aprecio con que le tratáis, los auxilios que le proporcionasteis para la educación y colocación de sus hijos, que palpe el interés que os tomáis por el trabajador imposibilitado, por el huérfano desvalido, y tarde ó temprano recogeréis el fruto: En el mundo hay ingratos, pero la ingratitud no es ley de la humanidad».

Ante los sucesos que de algunos años á esta parte vienen desarrollándose en Barcelona, y al recordar las transcritas palabras de aquel gran pensador, ocurrirá probablemente á nuestros lectores preguntarse: ¿Anduvo Balmes, en este punto, acertado en sus juicios y previsiones? ¿Las clases ricas de Barcelona han llevado á la práctica el programa que para ellas Balmes formuló? ¿Hay todavía tiempo para cumplirlo? Procuraremos en la medida que nuestro vagar permita, responder á ello en próximos artículos.

N. P. Y D.

SAN JOSÉ Y SU CULTO

Día de gozo inefable fué el 19 de Marzo de 1890, para los católicos españoles. Su Santidad León XIII acababa de declarar, de acuerdo con el Gobierno, según se exige en el Concordato vi-

gente, fiesta de precepto la del glorioso San José, el esposo de María y Patrono por excelencia de la Iglesia Universal.

La decisión de León XIII, sancionada por el gobierno de Su Majestad, no es sino el cumplimiento de las aspiraciones de los católicos españoles.

Al aparecer el Concordato de 1859, vieron éstos con pena, que entre las fiestas suprimidas se contaba la de San José, y aun cuando oficialmente se reputó como laborable el día 19 de Marzo, es lo cierto que la inmensa mayoría de la población continuó considerando como festivo dicho día, abandonando el trabajo, llenando las iglesias y menudeando en paseos y diversiones.

El general beneplácito con que fué acogida la disposición pontificia publicada en la *Gaceta* y en los *Boletines Eclesiásticos*, demuestran lo que acabamos de sentar, esto es, que lejos de vincularse en aquélla un nuevo precepto para los católicos españoles, no se vió en la misma mas que la sanción de una práctica que llegó á ser costumbre en nuestra patria.

* * *

El culto de San José es modernísimo: el universal y público se remonta al siglo xvi. Explicaremos las razones que tenía la Iglesia para no autorizarlo explícitamente.

En los primeros siglos de la Iglesia—probablemente en el primero—aparecieron las doctrinas heréticas de Cerinto, el cual, según parece, reconocía en Cristo dos personalidades distintas, á saber: Jesús, hijo carnal de José y María, y Cristo, verdadero Hijo de Dios, que descendió sobre el primero después del Bautismo, ascendiendo á los cielos antes del suplicio de la Cruz.

Esta heregía hizo naturalmente mella en muchos espíritus, y tanto se propaló, difundió y popularizó, que los Papas estimaron conveniente no dar culto público á San José, hasta que hubiesen caído en completo olvido las falsas doctrinas de Cerinto, y los dogmas de la pureza virginal de María y la encarnación del Verbo por obra y gracia del Espíritu Santo, hubiesen sido universalmente proclamados.

Gersón fué el verdadero apóstol de este culto: en el Concilio de Constanza (1409), en el cual representó al Rey de Francia, propuso el ilustre teólogo que se decretara la festividad de San José, á fin de impetrar la protección de este Santo en favor de la Iglesia dividida, y con efecto, el Concilio fijó la época de la terminación del Cisma de Occidente. Desde aquella fecha data el establecimiento del culto público al más santo varón conocido, bien que no el universal, por cuanto no se propagó inmediata sino lenta y trabajosamente.

Una de las primeras Iglesias en que se dió á San José culto público, fué la que en su colegio de Lyon tenían establecida los PP. de la Compañía de Jesús; pues el que se le tributaba en la

capilla del Palacio Pontifical de Aviñón, rigiendo la Iglesia Gregorio XI, revestia carácter privado.

Puede afirmarse, sin temor de que lo desmienta nadie, que el culto de San José no se hizo verdaderamente público y universal hasta que intervino en el asunto el poderosísimo genio de nuestra compatriota Santa Teresa de Jesús. Si al supuesto autor de la *Imitación de Cristo* se debe la idea de este culto, á la insigne Doctora de Avila principalmente debe atribuirse su propagación.

Con efecto, no sólo se valió para ello de su poderosa influencia, sino que al fundar la orden de Hermanas Carmelitas, impuso á éstas el deber de fomentar la devoción y el culto á San José, donde quiera que se encontrasen; é hizo más: con persuasivas razones consiguió de San Pedro de Alcántara que fundase una orden de varones, análoga á la que ella acababa de fundar, con el fin de que sus individuos contribuyesen al mayor éxito de su piadosa idea. Realmente, los Carmelitas de una y otra orden se extendieron muy pronto por diversos países, y en todas partes dedicaron altares al glorioso Patriarca; siendo Italia una de las primeras naciones donde se rindió á éste el homenaje debido á los Santos.

A popularizar este culto contribuyeron no poco piadosos personajes. Entusiasta admirador de Santa Teresa é ilustre fundador de las Escuelas Pías—y claro está que nos referimos á S. José de Calasanz—fué uno de los primeros en llevar el nombre de aquel santo, y el primero que puso su Instituto bajo su advocación. El ejemplo dado por el noble aragonés halló eco en los sucesivos fundadores de órdenes religiosas, los cuales las pusieron asimismo bajo el patronato de San José.

Además, á la ilustre princesa Isabel de Farnesio se debió el establecimiento en los Países Bajos del culto á San José; y lo propio puede decirse de la esposa de Luis XIII, Ana Maria, con respecto á Francia. Ambas princesas se valieron para ello del concurso de Carmelitas españolas.

Por otra parte, sofocado ya todo prejuicio, los papas no quisieron dejar abandonados á los fieles en tan laudable empresa, y así vemos que en 1680 Inocencio XI establece la fiesta del Patrocinio, y Paulo III decreta la de los Desposorios. Otro pontífice, Urbano VIII, declaró festivo el día de San José; Clemente X lo declaró solemne, y por fin en nuestra misma época Pio IX declaró al santo Esposo de María Patrono de la Iglesia Universal.

Regocijémonos, pues, cuantos de católicos nos preciamos, y enviemos desde el fondo de nuestras almas el homenaje de nuestra gratitud y de nuestro amor al glorioso Patriarca, y de adhesión al venerable Anciano que gobierna la Iglesia, prometiendo estar á su lado en todo lo tocante al triunfo de nuestra augusta Religión, y cooperando en cuanto lo permitan nuestras fuerzas

al mejor esplendor de la misma; que esto exigen de nosotros la Iglesia y su Patrono Universal, el castísimo Esposo de María.

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

CRISTO EXPIRANTE ⁽¹⁾

De todos los momentos de la vida de Jesús, el más solemne, el que más hiere nuestra imaginación y que mejor nos presenta, en epílogo cruentísimo, el cumplimiento de las profecías, es aquel en que el divino Redentor, pendiente de un madero, taladrados por agudísimos hierros los sacrosantos piés y manos, anhelante el pecho, lívido el semblante, secos los labios y hundidos los amorosos ojos, pronuncia el *Consummatum est*, al propio tiempo que inclinando la cabeza, permite que la muerte se enseñoree de su divina persona, entre el abandono del cielo, las convulsiones de la tierra, el crujido de los sepulcros y el furor de los elementos.

Aunque siempre, en medio de su humildad, nos revela la figura de Cristo algo de su divina esencia, nunca, ni naciendo en un mísero establo de Belén, ni en los tres años de constante predicación ilustrada con portentosos milagros, ni sudando agua y sangre en el Huerto, ni sufriendo cruelísimos azotes, aparece, en el orden sensible, tan grande, ni conmueve tanto, como en aquellos solemnísimos instantes en que, después de haber puesto á los hombres bajo la tutela de la Virgen Madre, satisface con su muerte á la Justicia divina por las culpas del género humano.

Ved cómo vienen en apoyo de esto, el universal asenso de los cristianos y las prácticas de la Iglesia. Cristo clavado en la cruz es el símbolo de nuestra redención; en el altar, donde la voz del sacerdote convierte las inmaculadas especies en cuerpo y sangre de Cristo, es el crucifijo elemento indispensable, y no hay cristiano que no le tenga á la cabecera del lecho, que no se postre ante él en su aflicción, que no le contemple con lágrimas en los ojos al ir á arrojarle contrito á los piés del confesor, y que no le oprima contra su corazón en las congojas que preceden al tránsito de ésta á la otra vida. No hay imagen más veneranda que un crucifijo, porque no puede haber para nuestro espíritu espectáculo más conmovedor que el de Cristo clavado en la cruz, dando su vida á cambio de nuestra redención.

En todos los actos de Cristo se revela su divinidad, á la que

(1) Este artículo acompaña una preciosa imagen de Jesús crucificado, reproducción de una escultura del excelente artista y académico D. Federico Cattaneo, y que esperamos será del agrado de nuestros lectores.

en más ó en menos acompaña siempre el sufrimiento. Para comprender bien al divino Maestro hay que ver en él al Hombre-Dios, es decir, hay que considerar el contraste entre su omnipotencia y sus padecimientos, porque en ellos se halla la razón de ser de la unión hipostática entre la divinidad, que todo lo puede, y la humanidad que todo lo sufre. Los que no ven en Cristo más que un grande hombre, el primer personaje histórico, destinado por la Providencia á cumplir una misión altísima, son racionalistas que no pueden comprenderle, porque niegan su divinidad; pero hay cristianos sinceros que por ignorancia ó por falta de reflexión, se fijan sólo en la divinidad de Jesucristo, sin considerar su humanidad. Estos tampoco le conocen debidamente; éstos no pueden comprender cuánto sufrió en aquellas tres mortales horas de agonía, porque extasiados tan sólo ante la grandeza de Dios, no se hacen cargo del punto á que llegaron los sufrimientos del Hombre.

Cristo sufrió, corpóral y espiritualmente, cuanto puede sufrir un hombre; más que esto: cuanto permitió su privilegiadísima organización. A medida que se iban sucediendo las torturas, los insultos, los padecimientos de todas clases, debieron de notarse sus huellas en el semblante de Cristo y en todo su sacratísimo cuerpo; de suerte que en lo alto de la cruz—cuando había llegado á su colmo el sufrimiento material, aumentando con el moral proveniente del abandono del Cielo—nuestro Redentor debía de presentar el más lastimoso aspecto que imaginarse pueda. Con el cuerpo ensangrentado, empapado en polvo, acribillado en su mayor parte; lívido el rostro y extática la mirada, enmarañadísimos la barba y el cabello; casi desgajadas las manos con el peso del cuerpo; sediento y febril, debía de parecer nuestro Jesús la imagen del dolor.

Dejémonos de considerar á Cristo clavado en la cruz, tal como le representan imágenes que andan en manos de todos. Nada de barba recortadita, de melena perfectamente alineada, de orificios matemáticamente determinados en manos y piés, de semblante poco menos que sonriente; esto podrá complacer á espíritus superficiales, pero no es la verdad. La verdad es que Cristo, bien que siempre dió indicios de su carácter divino; nunca dejó de ser hombre, y quiso estar sometido, como tal, en lo tocante á los tormentos que debía sufrir, á las mismas condiciones de sensibilidad que los demás hombres; de suerte que padeció en proporción á las flagelaciones y escarnios con que le torturaron. Por ende, en la cumbre del Calvario, no podía menos de inspirar un horror sublime y una compasión inmensa el Hombre-Dios á quien nuestros pecados de tal manera habían puesto.

Contemplando á Cristo en lo alto de la Cruz, es donde le vemos más grandioso, porque allí es donde nos revela con ma-

yor intensidad la omnipotencia de Dios y los sufrimientos del Hombre.

J. BURGADA Y JULIÁ.

ESPAÑA EN MARRUECOS

Tiene excepcional importancia el siguiente artículo del *Times*, por cuanto en él fija el diario inglés nuestra verdadera situación enfrente de Marruecos y la misión de España en cuanto se refiere al territorio marroquí.

«Hay que dar la más sincera enhorabuena al Gobierno español por haber llevado á feliz término las enojosas y largas negociaciones con el Sultán de Marruecos. Este Emperador ha demostrado ser un maestro consumado en el arte de dar largas, que es el refugio acostumbrado de los orientales cuando se ven forzados á aceptar conclusiones que no les convienen. Ha declarado cortésmente estar enteramente dispuesto á aceptar en principio las reclamaciones presentadas por España; pero ha desplegado al mismo tiempo la mayor resistencia para aceptar la aplicación práctica de los expresados principios.

El mariscal Martínez Campos ha cumplido su cometido con paciencia y tenacidad, encontrando su recompensa, por último, en la firma de un tratado que da á España la satisfacción que desea.

El Sultán de Marruecos se compromete á expatriar las tribus que tuvieron la culpa de los sucesos de Melilla, y á castigar á los cabecillas con ejemplar severidad. Se demarcará la zona neutral de que se hablaba en el tratado de 1860, y una mezquita situada dentro de la zona se rodeará con una alta muralla, cerrándola por completo, excepto para ciertas solemnidades religiosas. Se obliga también el Sultán á dar una protección más eficaz en la frontera, aumentando su fuerza armada, para tener á raya á las kábilas. Habrá cónsules españoles en las ciudades de Marruecos y Fez, para proteger los intereses españoles y recordar al Sultán sus compromisos. Por último, se obliga el Sultán á pagar una indemnización de 20 millones de pesetas, cuyo primer plazo de cinco ha de entregarse al contado.

No es probable que esta indemnización cubra los gastos enormes e los preparativos navales y militares que hizo España; pero es suma muy cuantiosa para un país tan pobre como Marruecos. Aunque no se expresa la duda de que el Sultán deje de hacer cuanto pueda por encontrar el dinero, la prudencia obliga al Gobierno español á pensar en la posibilidad de que la cobranza exceda al poder de aquella maquinaria fiscal. En vista de esto, se dispone que, en el caso de falta de pago, se colocarán cuatro de sus mejores Aduanas bajo la intervención española hasta co-

brarse toda la deuda. Esta es, indudablemente, la más amarga estipulación del tratado, por cuanto es lo más probable que surja la contingencia á que se refiere. Las Aduanas son, con mucho, las fuentes más considerables y más seguras de dinero para un Gobierno como el de Marruecos, y por lo mismo, nunca son cedidas sino con especial repugnancia. Por desgracia, los acreedores saben igualmente cuánta es su importancia, por lo que generalmente sucede que la dificultad verdadera de toda negociación con un Estado oriental es la cuestión de quién ha de coleccionar el dinero. Es de esperar que el Sultán, por lo que á él particularmente le interesa y también por sus súbditos, encuentre medios de pagar todos sus plazos con exactitud.

Marruecos es por si mismo un Estado importante, pero no es por esto menos necesario que sus negocios se arreglen convenientemente y sus relaciones internacionales se fijen sobre una base firme. Comparte con Turquía el papel perturbador de ser causa provocadora de grandes y extensos disgustos. Hay demasiados polvorines en Europa para que sea punto de poca importancia el acumular combustibles. A primera vista podría parecer que la situación geográfica de Marruecos da suficiente seguridad á Europa contra todo peligro para la tranquilidad pública, que se origine en la mala dirección de sus asuntos; pero en las condiciones modernas, la distancia geográfica significa muy poco.

Hay una pasión dominante de conquistar todas las regiones inhabitadas de la tierra, que en todas partes está obligando á que se precise la fijación de las fronteras y las esferas de influencia. Aunque es difícil aceptar las opiniones del entusiasta escritor español que considera que los Estrechos de Gibraltar son un accidente geográfico trivial y que Marruecos es parte integrante de España, no hay más remedio que admitir que no tiene el mar mucha anchura en las columnas de Hércules, y que es histórica la conexión entre España y Marruecos.

Parece cosa muy natural y conveniente que tengan los españoles influencia preponderante en aquella parte de Africa, tanto más, cuanto que ciertamente causa asombro que no la hayan hecho ya efectiva hace muchas generaciones, de la única manera segura y permanente, que es la de colonizarla. En Francia, sin embargo, no se admite de ninguna manera que haya nada natural en la posesión de Marruecos por España; por el contrario, se sostiene que corresponde á Francia establecer un gran Imperio africano, y los partidarios de este grandioso plan no pueden menos de mirar con recelo el más pequeño pedazo de costa africana que no pertenezca á Francia. En estas circunstancias, importa á la paz europea que haya algún arreglo eficaz y determinado, aunque sujeto á revisión en lo porvenir, en cuanto á la posición de Marruecos en el plan general de las relaciones internacionales. Por consiguiente, todas las Potencias europeas, in-

cluso Francia, se han unido para hacer saber al Sultán que no puede esperar auxilio ninguno al rechazar las reclamaciones de España. Se debe en gran medida a la falta absoluta de alientos exteriores lo dócil que aquél ha estado en sus negociaciones con España.

No debe la Nación española, á pesar de todo, hacerse ilusiones respecto de la finalidad del actual tratado.

Su influencia en Marruecos no puede estar garantizada permanentemente sino por la ocupación efectiva á que antes hemos aludido. Si puede fundar comunidades españolas vigorosas y solventes en el continente africano, podrá realizarse hasta cierto punto el sueño de continuidad del territorio español á pesar del Estrecho. Pero si no puede hacer nada más que tener á Marruecos en una especie de tutela, ó hacer que sea dependiente en el sentido puramente político, tiene claramente que comprender que su posición tendrá siempre que ser precaria.

Nadie la molestará, probablemente, durante algún tiempo, porque hasta que estén otros listos á ocupar su puesto, nada hay que ganar con tratar de echar de allí á España; pero en el juego de las conquistas, el jugador más fuerte es el que gana siempre, cuando se lo propone. Si persisten los franceses en su política actual de extender posesiones que nunca han tenido, llegará un día en que, á pesar de todos los tratados y arreglos que se hayan hecho, se ejercerá una presión muy fuerte para limitar la acción de España en Marruecos.

No vendrá inmediatamente ese día, y las proposiciones para un repartimiento amistoso podrán poner una venda en los ojos de los optimistas; pero á la larga se verá que aquel reparto amistoso no será más que el preludio de la exclusión completa de España.»

CAPRICHIO SINFÓNICO

DEL PADRE ESCOLAPIO DON PABLO GENÉ.

En la noche del día 8 de este mes, festividad de la Purísima Concepción, tuve el gusto de oír el *Capricho sinfónico* del eminente compositor Padre Escolapio D. Pablo Gené, pieza magistral bajo todos conceptos y que, bajo la experta batuta de su autor, se ejecutó brillantemente por los señores que componen el sexteto que dirige el distinguido maestro D. Anselmo López, en el magnífico salón-teatro del Colegio que tanto honra á los Padres Escolapios de Guanabacoa.

Reseñar las innumerables bellezas que encierra el *Capricho sinfónico* del P. Gené es tarea superior á mis fuerzas; baste decir que el público, que llenaba por completo el salón-teatro y sus

galerías inmediatas, prodigó un aplauso tan unánime al autor, que bastaría para coronar de laurel al insigne compositor de la *Batalla de Bailén*.

La música clásica, ó sea la música seria, la música filosófica, no está al alcance de todas las inteligencias quizá la mayor parte de las veces, porque no llega al alma de los oyentes; en los conciertos teatrales de música clásica, por regla general, hay muchas personas inclinadas más bien á Morfeo que á Orfeo, y los pocos que aplauden, aplauden más bien por echárselas de inteligentes que por verdadera espontaneidad; y pasa esto porque la música clásica de Beethoven, Mozart y otros maestros por el estilo obra en el cerebro lo mismo que los manjares succulentos en el estómago: éstos son de difícil digestión, aquéllos son de difícil comprensión.

No pasa lo mismo con la música del P. Gené; es música clásica, pero fresca, espontánea, juguetona como la mariposa que se posa en todas las flores sin fijarse en ninguna; es, por lo tanto, caprichosa, suave como el terciopelo unas veces, vigorosa sin vulgaridad otras, siendo su sello culminante, á mi modo de ver, la elegancia. Difícilmente encontraremos motivos más elegantes que los que campean en el segundo tiempo del *Capricho sinfónico* del P. Gené, ó sea el largueto en *re* menor; en este tiempo el P. Gené es tan elegante como el célebre organista de la Magdalena de París y como Mendelssonh, con la ventaja sobre éste que su música se infiltra insensiblemente en el ánimo del oyente hasta subyugarlo por completo; éste, éste es el secreto de la verdadera música; la música que marea al oyente es la música de consulta que debe estar en el gabinete del maestro, no en la escena del concierto ó teatro.

Bellos son también el primer tiempo,—*scherzo* en *sol* menor,— el tercero, en *re* mayor, y el cuarto en *fa* mayor, donde esboza el P. Gené un motivo muy popular en Cataluña.

Mis plácemes al P. Gené, al elegante compositor, al P. Muntadas y Comunidad del Colegio por tan grandiosa fiesta, y recibamos también los eminentes artistas cubanos Sres. Albertini y Cervantes, que nós hicieron oír delicadas composiciones.

FRANCISCO VIDAL Y CARETA.

Habana, 20 Diciembre 1893.

D. ENRIQUE EL NAVEGANTE

Así es conocido en la historia aquel Príncipe portugués, célebre protector de las ciencias, que nació en Oporto el día 4 de marzo de 1394—hace cinco siglos—y que murió el día 13 de noviembre de 1460.

Ahora que Portugal celebra solemnemente las fiestas de este centenario, creemos de oportunidad reproducir algunos datos biográficos del Príncipe, cuyo memoria honra Oporto, y para cumplir nuestro propósito, dejamos la palabra al autor de *El sombrero de tres picos*:

Muchos años antes del nacimiento de Cristóbal Colón, que había de buscar más tarde el camino marítimo de la India, navegando hacia el Occidente, surgió en la mente de un joven sin gloria, Príncipe sin porvenir, hijo sin herencia de un Rey de la cristiandad, la idea de hallar aquel camino navegando hacia el Mediodía.

D. ENRIQUE DE PORTUGAL, Duque de Viseo, era el quinto de los hijos legítimos de D. Juan I, por lo que, desesperado de ocupar el trono pensó en labrarse por sí mismo un lugar honroso en su siglo y un nombre en la posteridad.

Desde sus más tiernos años, descolló en él una vehemente afición á la náutica, á los viajes y á la astronomía, de tal modo, que á los veinticinco años abandonó las cosas de la guerra—en que había dado pruebas de un valor indómito, como Gobernador de Ceuta que había sido en tiempo de las luchas con los rifeños—y se retiró á los Algarbes, donde, cerca del Cabo de San Vicente, extremo occidental de Europa, en un sitio próximo á Vagres, fundó una villa que llamó *Terra Naval*, y que después llevó el nombre de *Villa do Infante*.

Allí, rodeado de los marinos y viajeros más célebres de la época, entregóse al estudio con tanto afán y tanto provecho, que muchos le tuvieron por el primer sabio de su siglo, y hasta hay quien le cree inventor del astrolabio, atribuido por otros á Martín de Bohemia. Pero el gran pensamiento que ocupó siempre su imaginación, y al que consagró toda su vida, fué descubrir el límite meridional de Africa, y hallar por él un paso para las regiones misteriosas visitadas por Alejandro.

En su virtud, á principios del año 1416 equipó una pequeña escuadra, que se dió á la vela para el Mediodía, resuelto á no volver á Portugal ó doblar el temido Cabo *Nou*, situado enfrente de las Canarias, y llamado así porque, hasta entonces, nadie había conseguido pasarle, á causa de los bajos que lo cercan. ¡Este Cabo era el único que se había descubierto en aquella costa!

Pero los valientes portugueses, animados de la misma fé que poseía á D. Enrique, tomaron una peligrosa y suprema resolución: apartáronse de tierra hasta perderla de vista; siguieron luego su rumbo al Sur, y cuando calcularon que el Cabo había quedado atrás, se aproximaron de nuevo al Africa. En efecto, habían triunfado y se hallaban á cincuenta leguas más abajo del inexorable *Nou*.

Llenos de alegría regresaron á Portugal y participaron al Príncipe tan venturosa nueva. Este les dispuso, sin pérdida de tiempo, otra expedición en que adelantaron veinte leguas más; pero les sobrevino una *calma*, y, faltos de víveres, tornaron nuevamente á su patria.

Entonces el Príncipe, entusiasmado con estos descubrimientos, confió en 1420 una fuerte nave á Juan González Zarco, que pasaba por muy experimentado marino.

Una deshecha borrasca apartó al nuevo expedicionario del litoral de Africa, arrojándole en medio de aquel mar desconocido que se perdía en Occidente; pero ni aún así fué estéril este viaje, pues cuando se aquietó la tormenta, Zarco descubrió una isla desierta, á la que llamó *Porto Santo*, cuyo territorio le cedió D. Enrique para que, en unión de Bartolomé Trillo y Tristán Base Tejeira, lo poblasen y le diesen cultivo.

Hicieronlo así, y no pasó mucho tiempo sin que los nuevos colonos divisaran á lo lejos una sombra como de tierra, á la que aportaron, hallándose con otra isla mucho mayor, también desierta, pero poblada de seculares bosques, que llamaron de la *Madera*.

Encomendóles también el Infante su población, y como para labrar algunas tierras pusiesen fuego al enmarañado bosque que les cubría, duró el incendio siete años.

Ardió toda la isla... ¡Asombroso espectáculo ofrecía de noche al navegante aquel faro inmenso que surgía de entre las olas, iluminando y enrojeciendo el cielo y el Océano! Las cenizas de aquella hoguera de cincuenta leguas de circuito abonaron de tal modo el terreno, que hoy *Madera* es uno de los países más férciles del mundo.

Tres años después, cuando don Enrique repuso algo sus fondos, equipó una carabela y la confió á un marino natural de Lagos, que unos llaman Gil Yáñez, otros Gil Giliañes y otros Gil Anés, el cual descubrió el Cabo de Bojador, si bien no consiguió pasarlo hasta el año siguiente, que volvió en compañía de Alonso Pérez Baldayo.

Saltaron entonces á tierra en una playa que llamaron de los *Rubios*, por los muchos peces de éste nombre que vieron en ella; pero no encontrando gente, regresaron á Portugal á dar cuenta de lo ocurrido.

La muerte de don Juan I, suspendió por algunos años éstas expediciones; pero en 1435 envió de nuevo el Príncipe á Gil Anés y Alonso Pérez, quienes por esta vez avanzaron hasta el 21° latitud N. á cuya altura tomaron tierra.

Allí se encontraron naturales del país, muy semejantes á los moros de Berberia, y habiendo trabado combate con ellos, salieron mal parados los portugueses.

Con este motivo y el de la muerte del rey don Duarte, her-

mano de don Enrique y sucesor de don Juan I, suspendió el Infante unas tentativas que requerían más hombres y más recursos de los que él podía suministrar.

Sin embargo, como no le era posible abandonar aquella empresa á que había consagrado toda su inteligencia y toda su vida, arbitróse penosamente algún dinero, y en el año 1441 envió á Antonio González y Nuño Tristán á que continuasen los descubrimientos.

Marcharon éstos cada uno en su carabela; y el primero adelantó hasta el Cabo que llamó *Caballero*, no pasando el segundo del *Cabo blanco*.

Al año siguiente, descubrió Tristán hasta un río que llamó el *Oro*, por el mucho polvo de este metal que en él había; y aún se dice que vió alguna de las islas del *Cabo Verde*.

Ya por este tiempo empezaron á variar de objeto la mayor parte de semejantes excursiones; el comercio y las armas iban entrando por algo en ellas, y los portugueses, que las hallaban caballerescas y lucrativas, pidieron y obtuvieron venia del rey para equipar naves y marchar á aquellas regiones á buscar gloria y fortuna...

En 1444, Vicente de Lagos y Luis de Cadamostro, noble veneciano, deudo de don Enrique, llegaron al río *Gambia*; en Mayo de 1445 partió de nuevo el segundo con el genovés Antonio Noli, y en este viaje se hicieron ambos famosos por haber descubierta el Archipiélago de *Cabo Verde* y explorado la costa africana hasta *Cabo rojo*.

Nuño Tristán hizo otro viaje en 1456 y descubrió el *Río Grande*, situado á los 10° de latitud N; desde allí avanzó veinte leguas más hasta otro río, en cuyas márgenes murió á manos de los naturales del país, por lo que el río tomó su nombre; y en el mismo año, Alvaro Fernández corrió otras veinte leguas de costa hasta llegar al Cabo de *Santa Ana*.

Hélos en el inmenso Golfo de *Guinea*.

¡Cual debió, pues, ser su asombro cuando llegaron al río *Manoce*, enfrente de la isla de *Fernando Póo*, y vieron que el Africa volvía á extenderse al Sur! ¡Cuánto sería su desaliento el día que un marino negro, hijo de los desiertos de Benín, les dijera que aún les quedaban 2,400 millas para llegar á la extremidad de aquella Península gigante, hija predilecta del sol! ¡Y esto si no volvieron á su antigua idea de que aquel Continente no tenía límites!

Nada nos dice la Historia acerca de tal cosa; el único indicio de la profunda impresión que causó en todos los corazones aquella contrariedad, es la muerte de don Enrique el Navegante, ocurrida, como decimos antes, en 1460.

Al perder la esperanza, perdió la vida. He aquí el mejor epitafio para ese varón ilustre, honra y gloria del pueblo lusitano.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

LA VIRGEN DE LA CONSOLACION

LEYENDA CRISTIANA

Corría el año de gracia de 1285, y reinaba en Castilla D. Sancho IV *el Bravo*, cuando el Rey de Marruecos Abun-Yusuf, con poderoso ejército, invade las tierras de Andalucía, devasta los términos de Alcalá de los Gazules y Medina Sidonia y pone cerco á Jerez.

Congrega D. Sancho en Burgos á los principales hidalgos del Reino, y hace un llamamiento á los concejos y milicias para atajar la invasión musulmana, encaminándose á Sevilla; pero antes que se le reunieran las huestes y caudillos que esperaba, destacó el Rey de los Beni-Merines desde los campos de Jerez á su hijo Abun-Yucub con 12,000 zenetas de caballería que llegaron á aproximarse á las puertas de la ciudad.

Imagina D. Sancho un ardid ingenioso, y ordena que persona alguna saliera al campo, ni subiera á las torres de los templos ni del alcázar, ni se tañeran campanas, ni se tocaran trompas ni añafles, ni nada que hiciera ruido, manteniéndose la población en completo silencio.

Entretanto, los pobladores de la heroica Jerez se ven en grave aprieto, y á la voz del anciano y venerable Miguel Fernández de Villavicencio, gobernador de la gente de guerra, y de su hermano Nuño, hijos de aquel Garcí Fernández de Villavicencio que supo en las Navas de Tolosa sellar con su sangre la egregia calidad de su casa y añadir á su escudo señal de remembranza eterna de sus hechos, se congregan los hombres de armas y juran morir todos antes que entregarse á la infiel morisma.

El peligro arrecia, porque los sitiadores estrechan el cerco. Los peones vigilan constantemente en el adarve de las murallas y atisban por entre las almenas los movimientos del enemigo. La guarnición del alcázar está toda sobre las armas y en la amplia plataforma de la Torre del Homenaje, donde ondea el pendón morado de Castilla, hay gran golpe de ballesteros, dispuestos á vender caras sus vidas.

Los escuadrones de caballería, compuestos de lo más granado de Jerez, se ejercitan en la Plaza del Arenal en diversiones bélicas y arden en deseos de lanzarse al campo; que hay entre ellos Dávilas, Ponces, Cameros, Carrizosas y otros muchos que aspiran á reverdecer los laureles que ganaron sus mayores.

Los ancianos, las mujeres y los niños, imploran la misericordia divina y piden consuelo, acudiendo en tropel á los templos y llevando con su fe acendrada fuerzas al ánimo de los guerreros;

que en aquella edad de hierro iban aparejadas la fiereza en el combate y la piedad en la oración.

* * *

Por aquellos mismos días, Micer Domingo Adorno, caballero genovés de esclarecida estirpe, surcaba el Mediterraneo con rumbo á España, al frente de una pequeña armada compuesta de cinco naves,

Sorprendióle la noche, más oscuro de lo que solía, en el golfo de Rosas, y con ella una borrasca tan desecha que jamás habían visto otra igual los tripulantes de aquella flota. Todos los elementos se conjuran en contra de las frágiles embarcaciones, que sin gobierno y sin rumbo, eran juguetes de las embravecidas olas. Ya aparecen aquéllas hundidas bajo los montes de espuma que las sepultan; ya crugén sus palos y caen en astillas, tronchados por el fuerte vendaval; ya, arrastradas por éste, corren veloces á estrellarse contra la escarpada y próxima costa, haciendo agua que les aumenta el peligro. La tripulación está aterrada, y no basta la firmeza de ánimo del Caballero Adorno en su nave, ni la energía de los capitanes en las otras, para reanimar á aquellos hombres, que ven cierta y segura la muerte.

De pronto, y en la densa oscuridad de aquella noche horrible y angustiada, divisan á lo lejos una claridad ténue que les lleva esperanzas, por creerla anuncio de la aurora; que hasta la noción del tiempo habían perdido. Aplica un marinero la vista, y descubre dos luces que ardían sin confusión ni menoscabo entre aquel torbellino. Avisa la novedad, acuden todos, y reconocen la certeza del hecho, que se aprecia en las cinco embarcaciones.

Llenos de fe, procuran dirigir las proas de las naves á aquel sitio, y á medida que se acercan, el mar entra en calma, el huracán se aplaca, la lluvia torrencial cesa, y el cielo se despeja tachonándose de estrellas.

Más cerca ya, vése claramente una pequeña barca rodeada de vivo resplandor, y dentro, y entre dos luces, una imagen de la Madre de Dios.

Un arrobamiento místico se apodera de la tripulación de la escuadrilla, postrándose ante aquel prodigio y dilatando sus razones con cánticos de alabanzas y de gracia.

La santa imagen fué recogida con la mayor veneración y colocada en un altar que el piadoso Adorno tenía en su cámara. Allí se entregaba á fervientes oraciones y á éxtasis frecuentes, y en uno de éstos supo de modo cierto que era la voluntad de la Virgen ser trasportada á Jerez y recibir culto en el convento de Padres Predicadores.

Navegó la escuadrilla tranquilamente gran parte del Medite-

rráneo, desembocó en el Estrecho de Gibraltar, y al amanecer del día siguiente se hallaba cerca del promontorio de Juno, divisándose á poco tierra, donde dió fondo.

Micer Domingo Adorno desembarcó, y bien informado, supo que se hallaba en las costas de Andalucía y muy cerca de la ciudad de Jerez.

*
* *

Pocos días hacia que Abun Yucub, el hijo del Rey de Marruecos, que tan próximo estaba de Sevilla con sus 12.000 caballos, al no oír ruido alguno en la ciudad, que más parecía desierta que habitada, y no tener gentes de quien tomar lenguas, supuso que allí no podía hallarse D. Sancho y su corte, y volvió grupas para enterar al Emir de esta novedad.

Más luego que el Rey de Castilla tuvo reunidas sus naves y se le incorporaron el Infante D. Juan y D. Lope Díaz de Haro, Señor de Vizcaya, salió camino de Jerez, mientras una escuadra numerosa, compuesta de cien velas entre galeras y naves, al mando de Benito Zaccharias, vigilaba en el Estrecho para evitar que de Africa vinieran refuerzos. Abun-Yucub levantó el cerco de Jerez sin atreverse á presentar batalla, y se retiró hacia Algeciras. D. Sancho abasteció la ciudad sitiada que tanto había sufrido, dejó en ella fuerzas de peones y caballos, y regresó á Sevilla.

Entretanto, Micer Domingo Adorno había dejado camino de Jerez á la milagrosa imagen, acomodada en humilde carrera tirada por dos bueyes, y él se adelantó con gente de sus naves y vecinos del Puerto de Santa María, para dar cuenta en la ciudad del prodigioso suceso.

Se escuchó la noticia con muestras de inmensa alegría, y prepararon las comunidades religiosas y el cabildo un recibimiento solemne á la Virgen, al que se asoció el pueblo entero, que vió en el suceso señal clara de la protección divina.

—¡Viva la Virgen de Conso ación! gritaban todos, y en triunfo fué llevada al convento de Padres Predicadores de Santo Domingo, donde se le erigió en el año de 1305 una capilla que costó doña Elvira González de la Cia, matrona de Jerez, donde al afecto trescientas doblas de oro.

Referir los milagros y prodigios que la tradición consagra á la veneranda imagen, sería materia para hacer un libro, como extensamente se explican en un cuaderno que tenemos á la vista, compuesto por el Rdo. Padre Fray Francisco Bellveser, y reimpresso por tercera vez por Fray José Bohorques, Capellán de la capilla de la Virgen en el año de 1780.

El caballero Adorno, que recibió este favor del cielo, fundó su casa en Jerez con cuantioso mayorazgo, y fué progenitor de esta ilustre familia en España. En 1539, su descendiente Jacobo Ador-

no reedificó la suntuosa capilla en que hoy se venera la imagen, reservándose para su casa el derecho de entierro y el patronato.

La devoción que la Santa Virgen ha despertado en Jerez en todo tiempo, es grande, y al proclamarla su patrona, acuden á ella y han acudido como á puerto seguro para buscar la calma del espíritu, los fieles de aquel pueblo, durante el largo período de seis siglos.

Hoy es patrono de esta capilla el joven conde de Montegil, señor de Romanina y Cuartillos de Plata, D. Manuel Adorno y Agreda.

MANUEL DE SOLÍS.

HOMENAJE AL BEATO POMPILIO

Es digna de recuerdo la solemnidad que recientemente se verificó en la provincia de Escuelas Pías de Nápoles. Con motivo de celebrarse en la diócesis de Lecce un Sinodo de los Obispos de la Pulla, dos días después de haberse reunido determinaron los Prelados ir en corporación á la próxima ciudad de Campi á venerar las reliquias del beato escolapio Pompilio María Pirrotti. Aún cuando esto no era esperado, toda la ciudad salió al encuentro de los venerables viajeros, precediendo el Cabildo de los canónigos, á los que se añadió la Corporación municipal. Resonaban á la vez las campanas de todos los templos saludando alegremente á los viajeros, que con todo aquel acompañamiento se dirigieron al altar del beato Pompilio. Los nombres de los Prelados que formaron tan piadosa expedición son éstos:

Ernesto Maccella, arzobispo de Bari, Primado de la Pulla, presidente del Sinodo; Cayetano Caporali, arzobispo de Otranto, Primado de Salento; Pedro Jorio, arzobispo de Tarento; Luis, de los Condes de Zola, obispo de Lecce; Enrique Carfagnini, de la Religión de los Descalzos, obispo de Galipoli; Facundo de Nittis, de la Religión de los Descalzos, obispo Castellanetense; Vicente Brancia, obispo Uxentino; Casimiro Gennari, obispo Conversanense; José Ricciardi, obispo de Nerite.

LA ACADEMIA CALASANCIA no puede menos de aplaudir tal acto de devoción, pidiendo á Dios por todos aquellos venerables Prelados que se honran al tributar ese honor al inclito beato Pompilio María.

JESÚS EN EL HUERTO.

Amor y soledad forman su encanto,
y por esto envolviéndose en su manto
(abierto siempre al pecador mortal)
se dirige á rezar al Sacro huerto,
donde la luna, con su rayo incierto
tiende dorado, amplísimo cendal.

La oración que palpita entre sus labios
sólo tiende á borrar crueles agravios
que los hombres hicieron á su Dios;
y El, impecable, amargamente llora,
como si de la Gracia bienhechora
huído hubiese, del pecado en pos.

¡Inmensa abnegación! ¡Amor sublime!
¡Un Ser que con sus lágrimas redime
las faltas de otro ser á El inferior...
¿No merece alcanzar nuestra fe ciega
Quién por el hombre indiferente, ruega?
Quién contesta á la ofensa con su amor?

Fija en el cielo su mirada tierna,
junto á la dura roca se prosterna
lo mismo que se hiciera ante un altar.
Sus discípulos fieles más queridos
también están con El... pero dormidos;
Jesucristo está allí para velar.

¿Cómo no turba la inquietud su mente
al dejar indefenso á un Inocente,
contra Quien toda furia ha de cargar,
si una legión audaz de gente extraña,
pábulo dando á inconcebible saña,
se atreviese á invadir aquel lugar?

¡Tanto vence al insomnio la fatiga!
Indiferentes á la voz amiga
del que pide favor contra el infiel
que cerca está de allí, buscan el sueño
grato, al amparo del amante Dueño,
su confianza y su fe puestas en El.

Angustioso sudor cubre su pecho:
dulce y reparador, llanto deshecho
desciende á humedecer su blanca tez;
y ante el sufrir cruel del Hijo vivo
su copa extiende el secular olivo
para no descubrir su palidez.

En éxtasis profundo, Jesucristo
un Angel bello allá en la altura ha visto
que viene sus dolores á calmar;
y mensajero fiel del Padre Eterno
presenta el Angel, en abrazo tierno,
reparador consuelo á su pesar.

La aureola de luz que le circunda
la hermosa frente de Jesús inunda
de purísimo y ténue resplandor,
y al beso aquel de aquella luz del cielo
se cubre la tristeza con un velo;
su quejumbrosa voz para el dolor.

Y conteniendo el llanto que le oprime,
siente Jesús que alguna voz sublime
pide por El á Dios resignación:
é inclinando, sonriente, la cabeza,
su justa voluntad acata, y reza
mientras desaparece la visión.

Ante el mandato del Creador divino
lo horrible y triste de su atroz destino
muéstrase bello á su ferviente Fe;
y de nuevo valor su pecho ardiendo,
«Seguid, oh mis discípulos, durmiendo,
les dice; no temais yo velaré.»

Mas pronto extraño ruido les despierta:
su repentina admiración no acierta
sacarles de una vez de su sopor...
Mas ;con qué ciego ardor, rompiendo en ira,
por la defensa su razón delira
al brillo de las armas del traidor!...

Y Jesucristo que, arrobado, siente
sublime idea enagenar su mente,
risueño al sondear lo porvenir,
«Ningún auxilio, exclama, esté conmigo;
dejadme esperar sólo al enemigo;
la voluntad de Dios se ha de cumplir.»

ALFREDO ELÍAS.

Carta á Burgada mandándole un cuento (1)

Mi buen amigo Burgada,
como se que lee bien
le mando una poesia
escogida entre otras cien
con destino á la velada.
No se fije en los defectos
ni en los ripios ni en las faltas
que con profusión la adornan,
ni en que sea de las *latas*
destinada á ir con los *muertos*.
Figúrese Vd. que es buena
y trátela con amor,
se lo suplica de veras,
su seguro servidor,

TORNERO DE MARTIRENA.

Posdata.—Su autor aplausos le envía
si sale bien de ese paso,
ya que él, temiendo un fracaso,
no dice «esta boca es mía.»

(1) Leída por el señor Burgada y Juliá en la sesión literario-musical celebrada por la Academia Calasancia el día 11 del corriente.

SALIDA DE TONO.
CUENTO DE MI TIERRA.

Cuentan de un aragonés
que de Zaragoza iba
caminito de su pueblo
y rendido de fatiga,
que cerca yz de La Almunia,
—antigua y hermosa villa,
vergel rico de verdores
y lina judas familias—
le sorprendió al caminante
que apenas andar podía,
la existencia de un barranco
de corriente fuerte y lista
y que medía tres metros
de la una á la otra orilla.
Si la corriente aumentaba,
el viajero se veía
envuelto en su torbellino,
y acababa allí su vida;
por fin, decidió arrojarse:
más ¡ay! sus fuerzas exiguas
le abandonaban ¡el pobre
sin remedio sucumbirá!
Rápido acordóse entonces
de que la piadosa villa
profesa á Santa Pantalia
devoción firme y antigua,
y dando voces y voces,
así piadoso decía:
«Santa Pantalia, salvadme,
soy de la Almunia, mi vida
depende de vos, ¡ay madre
y patrona de mi villa!
é invocando á la patrona
y entre súplicas sentidas
pasó el mal sitio, y gozoso
pudo alcanzar la otra orilla;
y al verse en salvo y seguro
dijo con triunfal sonrisa:
¡Que tonta, Santa Pantalia,
te amuelas que soy de Riela!

A. TORNERO DE MARTIRENA.

VARIEDADES

Los santos con título profesional. — La peste en Barcelona. — La muerte de Napoleón I. — Los apuros del Erario. — Antigüedades modernas. — El año arqueológico. — Laberintos célebres.

Una lista de santos, agrupados por profesiones, sería cosa curiosa; pero, según parece, no se ha hecho todavía por miedo á herir el amor propio de clases determinadas que resultarían sin representante en el santoral.

Los abogados, por ejemplo, no tienen más santo de la carrera que San Ibo. Aún así, cuenta una graciosa, aunque algo libre leyenda, que se metió subrepticamente en el Paraíso, y exigió luego á San Pedro que le comunicase en forma y por medio de alguacil la orden de expulsión; como San Pedro no pudo hallar un alguacil en todo el cielo, allí se quedó San Ibo.

En cambio, los médicos tienen una porción de santos, según demuestra una piadosa monografía publicada hace poco por D. A. M. Fournier, religioso de Solesnes, benedictino paciente, como es fama lo son todos los de su orden, y que ha descubierto nada menos que 68 médicos canonizados.

En la lista figuran varias mujeres, lo cual prueba que las «doctoras» no son invención de nuestros días; un Papa, San Eusebio, y dos que merecieron el nombre de *anagyros* porque no cobraban nada á sus clientes. Seguramente que estos santos varones no descubrieron la *dicotomía*, palabra con que ha sido bautizada una combinación ingeniosa, aunque no muy delicada, que consiste en partir con el boticario el importe de las recetas, y que está muy en uso en nuestros días, al decir de las malas lenguas.

Una demostración de lo convenientes que han sido las leyes sanitarias, está en las pestes que desolaron á nuestra ciudad de Barcelona, que desde el siglo XIV al XVI comerció con todos los países orientales, sin existir cuarentenas.

De 1333 á 1396, hubo seis pestes; de 1408 á 1497, trece; de 1501 á 1598, ocho. La más terrible de todas fué la llamada peste negra de 1348, que duró más de ocho meses.

Napoleón I es el personaje á la moda hoy día en Francia; todo se vuelve historiadores del grande hombre bajo sus distintas fases, y los rebuscadores se esfuerzan principalmente por presentarle en su vida más íntima y por lo tanto menos conocida.

No ha habido siempre en Francia este mismo interés por Bonaparte. El *Intermédiaire des chercheurs*, ocupándose de la fiebre napoleónica actual, saca de las memorias inéditas de Climé Martin, el siguiente párrafo describiendo el efecto que produjo en el público de París la noticia de la muerte del Emperador:

«Bonaparte ha muerto. Esto se repite friamente y enseguida se empieza á hablar de otra cosa. He querido ver la impresión que la noticia producía en el público. Fui al Palais Royal, un vendedor de periódicos gritaba: «¡Este es el relato de la muerte de Bonaparte!» Aquel grito que parecía deber emocionar á Europa no producía efecto alguno; la gente pasaba de largo, sin comprar un solo ejemplar del boletín. Entré en varios cafés: igual indiferencia, no había emoción alguna, apenas se hablaba del asunto. En un café mencionaron casualmente la noticia y á

seguida se pusieron á discutir acaloradamente la ley de Censura sometida á las Cámaras, y de la cual nadie se acordará mañana... ¿Qué es la gloria?..»

Achaque de todas las épocas han sido los apuros del Erario, y enfermedad crónica la de los déficits.

«La vuestra hacienda—decían las Cortes de Valladolid á don Juan II—é destroida; no llegando la recepta á la data.»

El déficit de 1701 fué de 105.015,520 reales vellón, que entonces valían más que pesetas hoy.

En tiempo de los Reyes Católicos llegó á 112.500,000. En el de Felipe V á 272.560.610; en 1794 á 387.581,999; en 1795 á 572.400,706; en 1797 á 820.443,443, déficit superior á todos los que hemos conocido modernamente.

Desde Felipe V hasta Carlos III se llegó á deber á los empleados públicos un millón de reales en números redondos.

Los falsificadores de antigüedades han perfeccionado su arte hasta el punto de fabricar momias egipcias artificiales. En el Museo británico existen algunas de estas momias de contrabando, según lo reconoció Blumenbach; pero lo admirable es que los sudarios en que están envueltas son del legítimo tejido de lino que se elaboraba en tiempo de los Faraones, precedente, sin duda, de los antiguos y abundantes depósitos de lienzo que se han encontrado en algunas cuevas de Egipto.

El año de 1893 ha sido excelente para los arqueólogos, y constará entre los notables por la importancia de los descubrimientos que se han hecho en su transcurso.

En América surgen desde hace meses, en las llanuras del Colorado mejicano, gracias á grandes labores de desenterramiento los restos enormes de una ciudad colosal, con avenidas de monolitos tan gruesos, tan altos, tan gigantescos como los pilones de Tebas, la de las cien puertas, y con graderías de mármol cuyos escalones miden 76 metros de ancho, y que debían dar acceso á templos y á palacios de dimensiones colosales.

En las playas del Asia Menor, Doerpfeld, director del Instituto alemán de arqueología, y continuador de Schliemann, ha descubierto en la aldea de Isarlick los muros de una ciudad la cuyas piedras miden 16 piés de gueso, y que bien pudiera ser la Pérgamo de Priamo, de Hector, del hermoso Páris y de Helena la bellísima.

En Grecia, cerca de Laurium, la de las minas argentíferas, está saliendo á luz una ciudad entera sepultada por un desprendimiento colosal de tierras, como lo fueron Herculano y Pompeya por la lava del Vesubio; y los muros, las casas y las calles aparecen intactos.

En el mismo país de imperecederos recuerdos, Munter, inspector de los reales palacios de Atenas, ha descubierto al lado de un camino, en Menidi, una sepultura con dos sarcófagos de mármol y uno de piedra ordinaria, y hay motivos fundados para creer que uno de ellos contiene el esqueleto del gran poeta trágico Sófocles.

En la isla de Salamina, donde el año 480 de la era antigua Temistocles destruyó la armada persa y salvó á su patria de la invasión bárbara, han sido halladas cinco hileras de tumbas que contienen las osamentas de gloriosos defensores de la civilización helénica, madre de la nuestra.

No pueden quejarse del año 1893 los amantes de lo secular.

Los laberintos más célebres fueron los siguiente:

El de Egipto, que según Pomponio Mela, tenía tres mil aposentos y doce palacios dentro de un solo recinto de murallas. Era más bien un templo inmenso donde figuraban todas las divinidades del país.

El de la isla de Creta, contruido por Dédalo, donde estaba el minotauro.

El de la isla de Lemnos, con sus 150 columnas, construido por los arquitectos Rhodus, Zmilus y Teodoro.

El de Italia, que Porsena, rey de Etruria, hizo construir para sepulcro suyo.

REVISTA DE LA QUINCENA

La fiesta de Santo Tomás de Aquino se ha celebrado este año con gran solemnidad.

La función religiosa que según costumbre viene celebrándose en la Iglesia de Belén, costeada por muchos catedráticos y gran número de alumnos, resultó un acto sumamente lucido, y más que eso, una demostración fehaciente del acendrado catolicismo que caracteriza á la mejor parte de nuestra juventud estudiosa.

En el Seminario Conciliar se celebró función religiosa con Comunion por la mañana, y velada literario-musical por la tarde, á la que asistieron el Poelado Diocesano y conspicuas personalidades del clero y de la cátedra de esta capital.

LA ACADEMIA CALASANCIA, por su parte, no podía menos de asociarse á estas manifestaciones de religiosidad y de devoción al ínclito Doctor, mayormente siendo el Angel de las Escuelas uno de sus Compatronos: así el día de la festividad del Santo festejado, le dedicó un solemne oficio, ocupando la sagrada cátedra el P. Esteban Calonge, que acreditó una vez más sus grandes cualidades de pensador profundo y excelente hablista.

Y el domingo celebró en honor de Santo Tomás de Aquino también, una velada literario musical, cuyo relato encontrarán nuestros lectores en otro lugar de este número.

*
* *

Por fin estalló la crisis de larga fecha, latente en el ministerio Sagasta. En el consejo que los ministros celebraron en la secretaría de Estado, después del Consejo tenido con S. M. el jueves día 8, vista la completa imposibilidad de ponerse de acuerdo respecto á la solución de los asuntos pendientes, entregaron sus carteras al Sr. Sagasta el cual las llevó inmediatamente á la Reina, que le confirió el encargo de formar nuevo gabinete. Este quedó constituido el lunes, 12, en la siguiente forma: Estado, Moret; Guerra, López Domínguez; Gracia y Justicia, Ruiz Capdepont; Gobernación, D. Alberto Aguilera; Fomento, Groizard; Hacienda, Amós Salvador; Marina, Pasquín, y Ultramar, Becerra, bajo la presidencia, sin cartera del señor Sagasta.

Como se vé el nuevo gabinete resulta de talla inferior á la del dimisionario. Han salido del gobierno los hombres más conspicuos: Gamazo, Puigcerver y Maura. En cambio, de los cuatro ministros nuevos, dos lo son por primera vez: los señores don Amós Salvador y Rodríguez y D. Alberto Aguilera.

El primero es un ilustrado ingeniero de caminos, canales y puertos, que ha sido director de la Arrendataria de tabacos y es pariente del señor Sagasta.

D. Alberto Aguilera ha sido gobernador varias veces de importantes provincias y de Madrid, ha sabido ganar elecciones, apaciguar conatos de motin con arengas progresistas y es lugarteniente de don Segismundo.

El cual (mister Moret) se ha quedado con la cartera de Estado, que desempeñaba interinamente, dejando la de Fomento á D. Alejandro Groizard, que es la figura simpática del nuevo gabinete. Ha sido ministro y embajador de España en el Vaticano, distinguiéndose por su catolicismo acendrado y práctico.

Ahora veremos qué tal resultará en conjunto este gabinete que podríamos apellidar de *medianos*. Peor que el de *notables* es casi imposible que lo haga.

Pero aunque gobierne mejor, le faltará probablemente aquella *notable* habilidad que caracterizaba al dimisionario gobierno para sortear y aplazar las dificultades y seguir adelante en el disfrute presupuestivo.

Además, deben abrirse las Cortes á no tardar y ante los embates de una oposición encarnizada y provista de alegatos poderosos, creemos resultará débil para resistir aquellas tempestades el gabinete *mediano*. Sobre todo estando fuera del gobierno el Sr. Gamazo que conserva su prestigio y autoridad poderosas en el campo, fusionista.

Una ventaja en claro hemos deducido de la crisis: el Sr. Moret tenía dos carteras, ahora tendrá únicamente una. Del mal el menos.

*
**

La misión del general Martínez Campos cerca del Sultán de Marruecos está ya cumplida y cumplida satisfactoriamente, dada la situación desastrosa en que colocó el conflicto con Marruecos nuestro anglómano ministro de Estado.

He aquí las bases principales del convenio, firmado ya por ambas partes.

1.^a El Sultán, de acuerdo con el general Martínez Campos, procederá á la delimitación de la zona neutral.

2.^a El Sultán aumentará la guarnición que tiene en su campo, para evitar nuevas agresiones por parte de los rifeños.

3.^a El Sultán procederá al inmediato y enérgico castigo de los culpables y promovedores de la última agresión hecha á España.

4.^a El Sultán pagará á España una indemnización de guerra de cuatro millones de duros, un millón al contado, y los tres restantes á plazos.

Estos plazos tienen la garantía de la palabra del sultán; pero si por cualquiera eventualidad dejase de pagar algún plazo, España intervendrá determinadas aduanas del imperio, y el sultán pagará además un 6 por 100 como intereses de demora por el plazo que haya dejado de satisfacer.

5.^a España establecerá consulados en las ciudades de Fez y Marruecos.

*
**

Noticia muy comentada y de sensación ha sido la de los esposales en el Castillo de Sichrou celebrados por el duque de Madrid con la princesa María Berta de Rohan, conceptuada como *canard* periodístico en los primeros momentos. Confirmóse luego, y los órganos más autorizados del partido carlista han publicado en números orlados extensos detalles referentes á la dama que ha de reemplazar en el hogar de D. Carlos á la virtuosa doña Margarita de Eorbón-Parma que falleció en Viareggio el 29 de Enero de 1893.

María Berta Francisca Juana, nació en Teplitz, (Bohemia), en 1860, siendo la hija tercera del difunto Príncipe Arturo de Rohan, duque de Montbazón y de Bullón, y de la condesa Gabriela Waldstein-Wartemberg.

Su familia la constituyen descendientes directos de los antiguos duques Soberanos de Bretaña, cuyos nombres figuran desde 1008 en la historia de Francia; entre ellos los señores y Príncipes de Guéméniée, Soubisse y León, los duques de Montbazón,

Rahan y Rohan Chabot, y el legendario cardenal del *Collar de la Reina*.

El Príncipe Enrique emigró á Alemania en los comienzos de la Revolución francesa, y á sus herederos se les reconoció, desde 1815, en Austria, la dignidad de Príncipes, á la que en 1861 se agregó la de individuos por derecho propio de la Cámara de los Señores.

Creemos oportuno recordar que D. Carlos de Borbón nació en Laybach el 30 de Marzo de 1848; que contrajo su primer matrimonio en Frohsdorff el 4 de Febrero de 1867, teniendo cinco hijos: doña Blanca, nacida en 1868, esposa del Archiduque Leopoldo Salvador; don Jaime, que el día 27 de Junio cumplirá veinte y tres años; doña Elvira, que vió la luz en 1871; doña Beatriz, en 1874, y doña Alicia, en 1876.

Asegúrase que la boda tendrá lugar dentro pocos meses y que D. Carlos ha procedido en este asunto con el más completo beneplácito de toda su familia. Más vale que así sea.

* * *

El día 3 ocurrió en la Cámara popular francesa un incidente que demuestra los deseos de tolerancia y pacificación religiosa que animan al ministerio P'rier.

Contestando á Mr. Brisson, el ministro Mr. Spuller reconoció la necesidad de una política nueva, afirmando los sentimientos de moderación y de paz que predominan en el país, y abandonando los sistemáticos ataques propios solo del apasionamiento sectario.

«El Papa, dijo Mr. Spuller, es un personaje de alta inteligencia y de alta autoridad. La república debe repudiar los actos tiránicos y vejatorios respecto de los católicos. No basta dar á cada cual la libertad del culto; es menester demostrarle tolerancia y caridad social.»

Estas palabras provocaron las protestas de la izquierda y el radical Mr. Goblet acusó al ministerio de haberse aliado con los adheridos.

Intervino entonces en el debate Mr. Casimiro P'rier confirmando las declaraciones de su colega de gabinete y la Cámara ratificó la *política nueva* del gobierno por gran mayoría de votos.

Dadas las condiciones en que se encuentra la república vecina debemos considerar este hecho como otro triunfo de la política del sapientísimo León XIII, cuya sagacidad y grandes alcances previeron la posibilidad de una reconciliación cumplida entre la Iglesia y la República francesa.

Por las declaraciones de los señores Spuller y P'rier ha sido calurosamente felicitado por el cardenal Rampolla el embajador francés cerca del Vaticano, señor Lefèvre de Behaine.

* * *

Conforme ya sabrán nuestros lectores, el presidente del Consejo de ministros de S. G. M. la Reina Victoria dimitió su cargo el día 4 de los corrientes, para retirarse á la vida privada y á sus estudios favoritos.

Sensible es para Inglaterra la retirada de Gladstone, pero mucho más sensible lo es para Irlanda que había cifrado en el Grande Anciano sus más halagüeñas esperanzas.

Con Gladstone la causa del *Home rule* pierde su campeón más poderoso. Bien es cierto que no han de faltar corazones denodados para seguir las huellas del octogenario estadista, pero su prestigio, su talento, su popularidad, sus cualidades nada comunes ningún político inglés puede en la actualidad reemplazarlas.

Comprendiendo su situación Gladstone aplazó cuanto le fué posible su retirada, pero las inflexibles leyes de la naturaleza hántele obligado, bien apesar suyo, á abandonar la lucha antes de alcanzar la definitiva victoria.

Lord Rosseberry, que ocupaba el departamento de Negocios Extranjeros en el gabinete Gladstone, ha constituido el nuevo ministerio en la siguiente forma:

Presidente, lord Rosseberry; canceller del Echiquier, M. William Harcourt; lord canceller, M. Herschell; Negocios extranjeros, lord Kimberley; Interior, M. Asquith; secretario de las Indias, M. Fowler; Presidente del local government Board, mister Shamefevre; Colonias, lord Ripon; Guerra, M. Campbell Canner-naann; primer lord del almirantazgo, M. Spencer; secretario de Escocia, M. Trevelyan; canceller del ducado de Lancaster, mister Bryce; Instrucción, M. Acland; Correos y telégrafos, M. Arnold Morley; secretario de Irlanda, M. John Morley; Comercio, M. Mundells; secretario del Tesoro, M. Ellis; Obras públicas, M. Herberto Gladstone; Agricultura, M. Cardner, y guarda del Sello privado, lord Tweedmouth.

La política de Rosseberry es fácil disienta algo de la seguida por Gladstone, siendo probable no pueda contar con el seguro apoyo de los radicales que acaudilla Labouchère y de los diputados irlandeses antiparnellistas.

En cambio se supone sumarán sus fuerzas á las de la mayoría los liberales unionistas disidentes que dirige el duque de Devonshire, con lo cual el gabinete que perderá por un lado unos ochenta votos en la Cámara popular ganará por otro unos cincuenta, y como la mayoría con que contaba Gladstone era de unos 45 votos, Rosseberry tendrá en los Comunes una mayoría probable de 15 votos, sumamente exígua, pero suficiente para gobernar atendidas las prácticas de la política británica.

Con cuyo cambio al paso que perderá terreno la causa irlandesa se suavizará la tirantez de relaciones entre las dos Cámaras que amenazaba con un grave conflicto constitucional.—J. B. y C.